

Preparar el futuro

Un vistazo retrospectivo al trato que ha sufrido Caracas a manos de la pandilla de descebrados que han circulado por Miraflores y sus alrededores en esta última década obliga a concluir no sólo que estos guardan alguna misteriosa forma de odio hacia ella, sino que al mismo tiempo les infunde un temor cervical probablemente derivado de su incapacidad para comprenderla. Sin pestañear, el Ejecutivo ha formulado las más disparatadas hipótesis sobre ella: desde la de frenar su crecimiento y procurar su despoblamiento, como se propugnaba en los primeros años de la “revolución” y durante el auge (retórico) del Eje Orinoco-Apure, hasta el último delirio chavista, colocado en las antípodas del anterior, de duplicar la población de Caracas. De ofrecer un estúpido segundo piso en la autopista de Prados del Este hasta amenazar (y esto sí lo han cumplido) con no construir ni diez metros de nueva vialidad; de ofrecer un parque en el aeropuerto de La Carlota a llenar el espacio de ensambladoras de celulares y computadores y permitir, con la anuencia vergonzosa del Ministerio del Ambiente, la tala de árboles en el parque Miranda para la instalación, en el corazón de un área zonificada como residencial, de una concretera del subimperialismo brasileño. En paralelo, se han dedicado a sabotear todas las iniciativas que les ha sido posible de los gobiernos locales que no les son afectos, desde el “pico y placa” hasta la implementación de canales de contraflujo o la instalación de semáforos “inteligentes”.

Quizá por fortuna todas esas marchas y contramarchas, de las que apenas hemos asomado una breve muestra, se han quedado en pura retórica, como el Bus Caracas o el “rescate” del Guaire, pero lo que pasa es que, aplicando el viejo principio de no lavar ni prestar la batea, tampoco han dejado hacer a los gobiernos locales de signo distinto. Aunque lo más grave, tratándose de un gobierno “revolucionario” y pretendidamente basado en la más amplia participación popular, es que todas esas elucubraciones urbanísticas son, en el mejor de los casos, resultados de laboratorio cuando no de insomnios solitarios.

Por eso, pese al pertinaz sabotaje, la iniciativa de la Alcaldía y el Cabildo metropolitanos de llevar la discusión sobre el futuro de Caracas al seno de las organizaciones ciudadanas debe reconocerse como un cambio de rumbo radical, sin precedentes en nuestro medio. Es probable que en el corto plazo, debido justamente al sabotaje, ese esfuerzo no fructifique en obras materiales de significación, pero si consigue permear la conciencia ciudadana enseñándoles a los caraqueños que es posible una ciudad distinta y más humana y que para alcanzarla es esencial su compromiso, se habrá dado un paso de gigante. Para no mencionar que una de las más urgentes prioridades para recuperar el país cuando cese la pesadilla es la reconstrucción física de Caracas, porque ella será también una de las más potentes palancas para reactivar a la nación como un todo. Y hay que estar preparados.